

Iba mi pie sin tierra, ¡qué tormento!

vacilando en la ceca de los pisos
con un temor continuo, un sobresalto
que aumentaban los timbre, los avisos,
las alarmas, los hombre y el asfalto.

¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!, ¡Alto!,

¡Orden!, ¡Orden!, qué altiva
imposición del orde una mano,
un color, un sonido!

Mi cualidad visiva,

¡ay!, perdía el sentido.

(...) Eléctrica la luz, la voz, el viento,
y eléctrica de la vida.

Todo electricidad, todo presteza
eléctrica: la flor y la sonrisa,
el orden, la belleza,
la canción y la prisa.

Nada es por voluntad de señ. ¿qué hacéis las cosas
de Dios aquí: la nube, la manzana,
el borrico, las piedras y las rosas

¡Rascacielos!: ¡qué risa!: ¡rasca...!

¡Qué presunción los manda hasta el tetiro
de Dios! ¿cuándo será, Señor, que echas
tanta soberbia abajo de un suspiro?

¡Ascensores!: ¡Qué rabia! A ver, ¿cuál
sube a la talla de un monte y sobrepasa
el perfil de una nube,

o el cardo, que de místico se abrasa
en la serrana gracia de la altura?

¡Netro!: ¡qué noche oscura
para el suicidio del que desespera!

¡qué subterránea y hasta gusanera,
dondé se canta y zumba!

la labor y el secreto de la tumba,